

De José Enrique Rodó

Diálogo de bronce y mármol

Escena: La "Plaza de la Signoría" de Florencia.

Personajes:

El "David", de Miguel Angel.
El "Perseo", de Benvenuto Cellini. — Coro de vestales.

PERSEO

Soy el orgullo heroico. En mi frente de bronce resplandece la heredada majestad de Zeus, y mi gesto y mi ademán esculpen la voluptuosidad sublime del triunfo. Sé que soy fuerte, augusto y hermoso, y deseo saborear la gloria, y provocar el amor, y difundir el miedo. En la fruición de mi hazaña trasciende como un anticipado desdén de los peligros que querrán limitar el desate de mi fuerza y de mi ambición. Llevaré la cortada cabeza de la Medusa, que levanto en la mano, a que campe en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, que me dará la velocidad del relámpago. Mío será cuanto sueña la imaginación de glorioso, de noble, de divino. Seré debelador de monstruos, rey por mi esfuerzo, conquistador de tesoros legendarios, libertador caballero de princesas cautivas. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas; arrebataré las manzanas de oro al jardín de las Hespérides, y gozaré después la más alta presea, la más dulce sanción del heroísmo, en el enamorado seno de Andrómeda. Todo ello lo columbro en este instante de mi vida, y todo se refleja en la expresión de mi olímpico ensimismamiento. Bello es el mundo para escenario de los Héroes; bella la participación del hombre y del dios, la juventud eterna, la energía radiante y soberana!

DAVID

Soy el heroísmo candoroso. Veo que hay en mí una fuerza y una gracia que imperan sobre los demás; veo que los hombres me rodean para que los guíe a la victoria, y que, cuando paso, las mujeres se vuelven a mirarme. Pero yo ni lo busco, ni sé en qué consiste esta atracción que tengo en mí. Hoy es un día de prueba. La mañana está clara; el aire, fresco y animador. Mis rebaños quedan pastando en el desierto. Voy al encuentro del gigante que desafía al pueblo de Israel. Para ejecutar esta vindicta, no he querido casco ni coraza. Frente y pecho desnudos, y ardiendo en ellos una llama de fe; por armas, las piedras que he recogido del torrente y la honda que llevo al hombro, voy a abatir la soberbia de Goliat. Confío en el brazo del Señor, porque El es justo y no le aparta de su pueblo; confío en el brazo del Señor porque El puso ya en los míos fuerza para exterminar al oso y al león que acechaban mis rebaños. Proféticas vislumbres me hablan de un trono que me espera, de una Sión que he de magnificar, de un imperio que se abrirá a mi paso; pero yo sólo sé que únicamente Dios es grande, y que para ensalzarlo nací con dos virtudes: una que me impulsa a

combatir, como las fieras del bosque, sin escudo ni espada, y otra que me mueve a cantar, como las aves del cielo, sin reflexión ni vanidad.

PERSEO

Hermano mío, hablamos como si no nos poseyera el encantamiento del arte. ¿Quién te trocó en mármol eterno?



El "David", de Miguel Angel.

DAVID

Quien me encantó en el mármol fué un hombre en el cual reconocí mucha parte de mí mismo. Era de la casta de los que pelean con gigantes y saben la manera de publicar la grandeza de Dios. Apareció en la corte de los Médicis cuando de ella irradiaba sobre Italia el nuevo amor de Belleza, y desató su genio a enrespar el mármol en figuras titánicas y el color en oleadas sublimes. Era el revelador de las formas gigantes, de las fuerzas sin humana medida, de las visiones proféticas y trágicas. Un mundo le obsedía: el de mi raza y mi edad, el del pueblo de Dios y la peregrinación del desierto y la Ley de justicia, porque este mundo era fuerte y austero como él. Su avasalladora energía se dilataba, como la inspiración de los Profetas, en la sombra y el dolor. Aquel soberano dueño de la gloria pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aún a las imágenes de su fantasía; y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nos-

talga infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra cómo quietarse en el polvo de la tierra: *¡Oh, che miseria é dunque l'esser nato!*... Al bajar la pendiente de la vida, encarnó ese sueño de belleza en el recuerdo póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que hayan divinizado el barro humano: en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada Idea al coro angélico de Beatriz y de Laura. Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba de pie, como el roble que desafía las tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez, y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamábase Miguel Angel Buonarroti.

PERSEO

Miguel Angel... Mi encantador le decía *el Divinísimo*.

DAVID

¿Quién fué tu encantador?

PERSEO

Quien me encantó en el bronce fué un hombre de dos naturalezas: mitad enviado de las Gracias, mitad aborto de las Furias. El día en que nació este hombre, los escondidos gnomos, los genios elementales que, en las entrañas de la tierra, guardan las cuevas de las piedras preciosas y las vetas del metal, celebraron danzando la Navidad del venido para su gloria. Cuando niño, recibió de las potencias ocultas el favor de ver una salamandra en la transparencia del fuego. La maravillosa virtud que en sí traía se mostró apenas tuvo cerca un cincel: era este hombre el predeterminado para extender a las substancias preciosas el yugo de la Forma, ya impuesto a los mármoles y broncees. De sus hechizadas manos saltaban, como las chispas de la hoguera, medallas, copas, relicarios, anillos, candelabros, de nunca vista belleza. Entrelazada con esta llama de oro, ardía en su alma la llama sangrienta de la venganza y de la ira. Con el primer que cincelaba el mango de un puñal, hundía la hoja en el pecho de un hombre. Era un arrebatado asesino cuyos dedos habían sido hechos para un hada. Su maléfico instinto se remontaba alguna vez hasta el impulso heroico, como en su defensa cuando el saco de Roma, y hasta la astucia épica, como en su evasión del castillo de Sant Angelo. Pontífices y reyes se le disputaban. En la corte donde él asistía, circulaban las tazas más preciadas y las monedas más bellas. Y con los fieros ímpetus del energúmeno, alternaban en aquella alma monstruosa las contricciones del penitente, los transportes del místico, los alumbramientos del visionario. Concluyó en ministro del Señor, sin dejar de esgrimir ni la daga del *bravo*, ni el cincel del orfebre. Se llamaba Benvenuto Cellini.

DAVID

¿Por qué no durarán como este mármol y ese bronce las manos que nos encantaron!

PERSEO

¿Recuerdas cómo fué tu encantamiento?

DAVID

Fué cuando aún se dilataba en Florencia el resplandor de los primeros Médicis. El gonfaloniero Soderini quería emular su munificencia y su pasión de arte. En la «Opera» de Santa María del Fiore yacía un enorme bloque de mármol, donde cierto escultor, Simón de Fiesole, había intentado labrar una estatua colosal, sin estampar más que las huellas de su impotencia y de su desaliento. Soderini anhelaba por ver arrancado a aquella mole el coloso que allí había por crear, y dudaba entre valerse, para acometer la empresa, de Leonardo de Vinci o de Andrea Contucci. Pero por aquel tiempo volvió a Florencia Miguel Angel; vió la montaña de mármol, miró luego adentro de sí, y prometió la obra. La idea que brotó en la mente del artista, colocado entre la enormidad de piedra y el sentimiento de su fuerza interior, fué mi imagen juvenil. Me evocó en la más bella hora de mi vida; en la vaga conciencia de mi predestinación; en la promesa de la gloria, más hermosa que la gloria real; en la esperanza del triunfo; cuánto mejor que el triunfo cumplido! Obtuvo así la imagen de la energía inmaculada, del candor heroico. Luego, se abrazó con la piedra, y por espacio de tres años sentí cómo el golpe del cincel inculcaba cada día en la blanca entraña del mármol una chispa de mi vida ideal. Cuando se consumó el encantamiento, conocí que esta inmortalidad en la forma bella es la verdadera beatitud. Me levanté a una paz que no podría expresarse en el lenguaje de los hombres. Aquel Miguel Angel casi adolescente que me había llamado a nuevo ser llevaba aún en el alma el beso de la Florencia medicea, el sello de un ambiente impregnado de la serenidad platónica, sello de serenidad al que pronto había de sobreponerse la reacción de su genio impetuoso y sombrío. Por eso renací trayendo en la frente algo de la calma de los dioses y los héroes aqueos. Por eso me parezco a Apolo. Más tarde, en la bóveda de la Sixtina, el Miguel Angel de la madurez me figuró de nuevo; pero allí participo del soplo de una tempestad de formas y colores; allí tengo el arrebatado de la acción, aquí el sosiego de la idea. Y ahora, cuéntame tú tu encantamiento.

PERSEO

Me levantó en el vuelo de su fantasía Benvenuto Cellini, obedeciendo a un mandato de Cosme de Médicis. La gloria del escultor, que le buscaba, fascinó al artífice del oro, y él se consagró a mi imagen con toda la vehemencia de su alma. Fui primero un fantasma en su imaginación; luego me dió una vida pálida en el modelo de yeso, y se dispuso por fin a cautivar me en el duro y sempiterno metal. Abrió espacio para el molde en su jardín de la calle de la

Pèrgola, desarraigando árboles y viñas; la obra comenzó. ¡Oh, qué vulcánico trabajo, qué conmovedora historia la de mi encarnación en el bronce! Benvenuto, poseído de la furia creadora; solo al principio, con unos pocos obreros después, siempre sin medios suficientes para la faena material, se movía dirigiendo la influencia del fuego, y pasaba cientos de veces del entusiasmo a la desesperación y del embeleso a la ira. En ciertos momentos, lágrimas de sus ojos se evaporaban en el líquido bronce. Yo asistía, desde el fondo de su pensamiento, a aquellas convul-



El "Perseo", de Benvenuto Cellini.

siones de inspiración, de rabia, de dolor, y en verdad te digo que era una hermosa tempestad. Con tiernísimas plegarias por el logro de la soñada imagen, alternaban en sus labios juramentos de muerte para enemigos a quienes atribuía los tropiezos de su obra. Había llegado a idolatrarme como a un hijo que hubiera de defender contra mortales peligros. A veces necesitaba apartarse de mí para montar un diamante o cincelar una copa. Un Ganimedes de mármol ví nacer y formarse cerca de mi cuna de fuego. Pero a mí volvía siempre con anhelante ardor. Un día, inclinado sobre la hornalla, aureolado del rojo resplandor como un ciclope, manejaba gruesos leños de pino con que avivar el adormido elemento, cuando he aquí que una llamarada inmensa se levanta y el taller entero se incendia. Con desesperados esfuerzos llega a reparar el daño, pero pronto la angustia y la fatiga le postran rendido de la fiebre. Piensa que va a morir, y sus palabras son para confiarme a sus amigos y pedirles que yo le sobreviva. En esto, alguien

viene a decirle que la obra se pierde, que el bronce se ha cuajado falto de calor. Benvenuto salta instantáneamente del lecho; recobra por encanto salud, agilidad y fuerza; viene a mí, remueve el fuego mortecino; arroja, trastornado, en la mezcla campanil los platos, las fuentes, la vajilla de estano de su mesa, y ve correr el bronce otra vez, y respira, y triunfa. La estatua se ha logrado: con milagrosa proporción, la suma de metal ha sido la justamente requerida para completar el óvalo de mi cabeza. Dos días después, una clara mañana de primavera, yo recibía el beso del sol en la Loggia de las Lanzas. Cosme de Médicis se asomaba a una de las ventanas del Palacio. Anhelante multitud se aglomeraba frente a mí y me admiraba. ¡Ah, jamás dejaré de resonar en mis oídos de bronce! eco de aquella inmensa aclamación del pueblo de Florencia, saludando el triunfo de la Forma armoniosa como la entrada de un rey o el botín de una batalla! Al paso de Benvenuto la multitud se descubría, como al paso de un héroe. Por muchos días persistió este entusiasmo, y los maestros y estudiantes de Pisa, que entonces gozaban de sus vacaciones, llenaban, cada mañana, de versos laudatorios las columnas vecinas a mi pedestal. Bello, bellissimo tiempo.

DAVID

Yo presencié tu triunfal epifanía.

PERSEO

Dulce tiempo que fué... ¿Te acuerdas de aquel hervir pintoresco de la vida en las abiertas logias, centros de conversación, de arte y de filosofía, como los pórticos de Atenas? ¿Te acuerdas de aquel zumbir, como de abejas oficiosas, en derredor de un antiguo mármol recobrado, de un amarillo códice devuelto a la luz? ¿Te acuerdas de las procesiones, de las máscaras, de las pompas mitológicas, cuando la juventud representaba en las calles, inmenso teatro descubierta, la apoteosis de la alegría y de la fuerza?

DAVID

Tú no viste más que el ocaso; yo ví la radiante luz del mediodía. Yo asistí en su plenitud al imperio de la renovada antigüedad. Yo oí flotar en el viento el rumor de los convites platónicos, en torno al simulacro del Maestro, en los jardines de Fiesole, coreado el dulce razonar de los iniciados por la vibración armoniosa de los pinos. Ante mí se detuvieron Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto. Vi, antes que tú vivieras, cincuenta años de gloria, con mis verdaderos ojos, que aquí reflejaron por tres siglos el sol; porque yo, que te hablo, no soy sino una sombra, una sombra de piedra: mi «yo» de verdad padece prisión en un museo.

PERSEO

¿Qué cosa es un museo?

DAVID

Una cárcel para nosotros; una invención de las razas degeneradas para juntar, en triste encierro común, lo que nació destinado a ocupar, según su naturaleza, ambiente

y marco propio, cuando no a dominar en el espacio abierto, en la libertad del aire y el sol.

PERSEO

¿Qué resta, sino es vuestra inmortalidad, de aquel divino tiempo?

DAVID

La idea, en el imperecedero espíritu del hombre.

PERSEO

El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común, de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

DAVID

¿Cuál es tu consuelo en la nostalgia?

PERSEO

Lo que no han cambiado los hombres: el cielo, el aire, la luz.

DAVID

¿Y tu mayor suplicio?

PERSEO

Oír el comentario de los viajeros.

DAVID

¿Cuáles, de los que te miran, te comprenden?

PERSEO

Los de muy arriba y los de muy abajo: los que vienen trayendo en el alma una idea con que compararme, y que generalmente permanecen mudos, y los niños vestidos de harapos que, en los brazos de las mendigas, se acercan a tocar las estatuillas de mi pedestal y manifiestan, sonriendo, su alegría: *¡Come é bello!*

DAVID

¿En qué reconoces a los que son dignos de mirarte?

PERSEO

En que cuando ellos me miran siento como si el fuego de la fragua volviera a arder en mis arterias de bronce, y me transmitiría otra vez el soplo creador, y me comunicara de nuevo los estremecimientos sobrehumanos, las angustias feroces, los júbilos sublimes, de la forma que va a ser, que va a infundirse en las entrañas de la materia oscura y rebelde. Después, en una especie de sueño, veo que renazco en tierras lejanas, entre gentes que no ví jamás, recarnado en palabras armoniosas, o en doctas lecciones de belleza, o en figuras heroicas que brotan de la piedra y el color, o simplemente en una blanca idea que se queda, con el poder de las vírgenes vestales, en la soledad de un noble pensamiento.

DAVID

Perseo: ¿volverán al mundo la alegría, la abundancia de la invención, la jovial energía creadora?

PERSEO

Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

DAVID

¿Con fe de belleza?

PERSEO

No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, númenes benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su favor y su justicia. Y dioses y mortales colaborarán en la misma obra universal.

DAVID

De mi posteridad nació el que vino a redimir el mundo y es el solo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

PERSEO

¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Partenón.

LAS VESTALES DE MÁRMOL DE LA LOGIA DE ORCAGNA

¡Apolo! ¡Apolo! Tráenos, para Florencia, nueva inspiración y nueva gloria.

José Luigne Rodó

Florencia, 1916.



Florencia: Plaza de la "Signoria".